

Excelentísima Sra. Presidenta de la Junta de Extremadura, Excelentísimos e Ilustrísimos miembros del Gobierno Autonómico, autoridades académicas y de los Cuerpos y Fuerzas de seguridad del Estado. Queridos medallistas y queridos extremeños que hoy nos acompañan, tanto los que están aquí en este marco incomparable, como los que siguen la retransmisión de este evento desde sus hogares. Buenas noches a todos.

Quiero comenzar este discurso felicitando a las instituciones galardonadas este año, donde se han puesto en valor líneas de trabajo tan diversas como la investigación, la educación, la sanidad, el deporte y los medios de comunicación. Permítanme una mención especial al galardonado Rally de la Vendimia, por tratarse de una de las muchas señas de identidad de mi ciudad natal, Almendralejo.

Me gustaría compartir con todos ustedes que esta noche tengo muy presente a uno de los medallistas del año 2018, D. Gonzalo Martín, fallecido recientemente. Gonzalo fue Presidente de la Casa de Extremadura en Sevilla, donde tuve la oportunidad de compartir momentos muy entrañables con él y con muchos otros paisanos extremeños. Orgullo de Extremadura en la capital hispalense, descansa en paz.

La invitación para pronunciar este discurso ciudadano, en el año en el que celebramos el 40 aniversario de nuestro Estatuto de Autonomía, supuso para mí una inmensa alegría y un gran honor, pero a la vez una importante responsabilidad. Presidenta, María, muchas gracias.

Hoy hace justo cinco años que, habiendo sido propuesta por el Ayuntamiento de Almendralejo, recibí la Medalla de Extremadura. El motivo de este reconocimiento fue haber fundado la Asociación Extremeña de Alérgicos a Alimentos (AEXAAL), la asociación autonómica que en materia de alergias alimentarias cuenta con el mayor número de socios de toda España. Hoy en día, aún ya a más de 700 familias extremeñas.

Esta patología, que, según la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica, afecta a casi un 4% de la población adulta, y a un 9% de la población infantil, está aún bastante subestimada por la sociedad en general. Las manifestaciones clínicas de esta enfermedad se presentan tras la ingesta, contacto o inhalación de un alimento, con una causa inmunológica comprobada.

Ya lo decía Lucrecio, en su *Rerum Natura*, en el siglo I a. C.: *“Lo que es un alimento para algunos, es un veneno para otros”*.

Quienes la vivimos de cerca sabemos que, convivir con esta enfermedad, constituye una verdadera espada de Damocles. Por ello, como ocurre con el resto de enfermedades, las sinergias entre los diferentes agentes políticos y sociales, así como las actividades divulgativas, son fundamentales para abordarla con un mayor conocimiento, prevenir accidentes, y saber actuar a tiempo si desgraciadamente éstos ocurren.

Haber sido, durante ya trece años, la voz de las familias que conviven con esta enfermedad ante los diferentes agentes implicados ha supuesto un reto personal importante. Hemos escuchado desde la empatía, acompañado desde la experiencia y asesorado sobre todo aquello que estaba a nuestro alcance, proporcionando a las familias un importante apoyo pedagógico y psicológico.

Nuestra Asociación ha dado grandes pasos, entre ellos los conducentes a que en el Protocolo de Actuación ante Urgencias Sanitarias en los Centros Educativos de Extremadura se recoja la obligatoriedad de nuestros docentes a administrar aquella medicación de rescate que, sin requerir conocimientos sanitarios, puede salvar la vida de un niño. Sí, he dicho bien, un maestro puede salvar la vida de un niño en cuestión de segundos. Y este hecho sigue siendo único en España.

La labor al frente de esta Asociación me trajo aquí en 2018, por ello, mientras reflexionaba sobre qué pronunciar en el discurso de esta noche, mis pensamientos viajaron hasta el momento en el que hablé desde este mismo atril, y no pude evitar revivir los acontecimientos que habían tenido lugar a lo largo de estos cinco años.

Tristemente, y desde la perspectiva de haberla superado entre todos, recordé la amarga experiencia de haber vivido una pandemia, aunque con la alegría de quien ha tenido la suerte de sobrevivir a ella. No fue así la suerte de tantas personas que desgraciadamente perdieron su vida, entre ellos muchos extremeños. Vaya, desde aquí, mi más sentido recuerdo para todos ellos.

Durante aquellos largos días, todas nuestras esperanzas estaban puestas en la Ciencia. Disponíamos de un gran ejército, nuestros sanitarios, pero estaban desarmados para pelear contra aquel enemigo invisible que asoló tantas vidas. Nuestras esperanzas residían en una vacuna que sólo la investigación podía proporcionarnos.

Nunca se había escuchado tantas veces de la boca de nuestros gobernantes las palabras Ciencia y científicos; sin embargo, mucho me temo que esto ha empezado a olvidarse. Hay que concienciarse de que, para que la ciencia avance, se necesitan hacer grandes inversiones, por eso es importante involucrar más a la sociedad en la defensa de la ciencia, porque sólo cuando la sociedad reconozca la importancia que ésta tiene apelará a la responsabilidad política y económica para promover la investigación, porque sólo un país que invierte en Ciencia será capaz de progresar.

Y yo quiero que mi país progrese y, sobre todo, quiero que Extremadura progrese. Me duele enormemente ver cómo, en un contexto de elevado desempleo juvenil y de falta de oportunidades, tantos jóvenes se tienen que marchar de nuestra región en busca de un futuro laboral digno, observándose,

además, una tendencia de no retorno. Por ello, espero que se fomenten políticas que apoyen las posibilidades de regreso de aquellos jóvenes que se nos han estado marchando en los últimos años.

Y todo esto me duele, entre otras cosas, porque soy madre de dos extremeños, uno de ellos a punto de iniciar, en unos días, sus estudios universitarios; por cierto, en la universidad de los extremeños, en la Universidad de Extremadura, que este año celebra el 50º aniversario de su creación.

Precisamente, y con motivo de esta celebración, hace pocas semanas estuve indagando sobre los orígenes de la Universidad.

Gracias a un amigo, llegó a mis manos el libro del profesor de la UEx ya jubilado, D. Lorenzo Blanco Nieto, titulado “[Marcha andando a Madrid en los orígenes de la Universidad de Extremadura](#)”. En él, narra el profesor Blanco que, en un momento en el que más de 2500 extremeños poblaban las aulas de otras universidades, hubo un importante retraso en la creación de la Universidad de Extremadura respecto de otras seis universidades españolas que habían sido prometidas conjuntamente. Por ello, un grupo de jóvenes que compartían inquietudes culturales, sociales y políticas, agrupados en diferentes asociaciones y con un hilo eclesiástico en la mayoría de los casos, fueron los que decidieron promover un movimiento juvenil para pedir la creación de una universidad para Extremadura. Entre sus acciones, organizaron una marcha andando a Madrid que saldría de Guadalupe el 8 de septiembre de 1972: 435 kilómetros a pie, ¡casi cuatro compostelanas y media!

Precisamente en la portada de este libro se puede encontrar una foto de una de las pancartas que encabezaban aquella marcha, donde se puede leer:

Marcha andando a Madrid desde todos los puntos de Extremadura para exigir una Universidad. No es pedir un favor, es reclamar un derecho.

¡Cuántas cosas se han logrado gracias al esfuerzo de ciudadanos de a pie! Éste es un ejemplo más. Como universitaria extremeña, debo, cuando menos, agradecer enormemente la proeza y el empeño de aquellos, por aquel entonces, jóvenes.

Por cierto, en los inicios de la Universidad, la presencia femenina en las aulas era escasísima. Afortunadamente, muchas cosas han cambiado desde aquel momento, y aunque aún queda mucho que avanzar, como mujer me congratula ver imágenes que hasta hace unos años eran impensables. Hace menos de un par de meses, la foto de los representantes de los tres poderes públicos de nuestra región tomaba rostro femenino de forma excepcional en nuestro país.

¡Y qué decir de la inmensa alegría que nos ha dado recientemente la Selección Femenina de Fútbol! Las niñas empiezan a tener otros espejos donde mirarse, por ello hay que seguir dando pasos, muchos, pero ni uno para atrás.

Finalmente, y aún a riesgo de que pueda parecer un tópico en este tipo de actos: seguimos sin el tren que nos merecemos. Es de pura necesidad contar con una conexión ferroviaria que vertebre nuestra región, garantice nuestro desarrollo económico y social, e integre a Extremadura en el resto del país. No podemos seguir permitiendo que nos obliguen a viajar en segunda clase, porque si algo caracteriza a los extremeños es que somos ciudadanos de primera, capaces incluso de ganar dos medallas de oro en un mismo Campeonato Mundial de Atletismo hace escasos días. Felicidades, Álvaro, nos has enorgullecido enormemente.

Señores gobernantes del ámbito nacional, seáis quienes seáis, y parafraseando a esos jóvenes que lucharon por la creación de nuestra universidad: en este asunto del tren, los extremeños *no os estamos pidiendo un favor; os estamos reclamando un derecho.*

Pero no es suficiente con lamentarse. Como dijo una vez el actual Dalai Lama: *sólo hay dos días del año en los que no se puede hacer nada: uno se llama ayer y otro mañana.* Por eso, extremeños, que nuestras voces se alcen y no sólo para arrancar nuestro himno.

Quiero dedicar mis últimas palabras a todos esos ciudadanos de Extremadura que no han sido premiados; aquellos que, desde el anonimato, sin recibir ningún reconocimiento, luchan día a día por todo esto.

Finalizo mi intervención agradeciendo la atención de todos ustedes, ha sido un verdadero honor y una experiencia inolvidable pronunciar este discurso ciudadano.

Y ya sólo me falta desearles

FELIZ DÍA DE EXTREMADURA